

La Formación: Una exigencia de fidelidad

Introducción:

El tiempo que nos toca vivir, tiempo cargado de desafíos y promesas, puede convertirse en nuestras manos y para nuestra Iglesia en un verdadero Kairós, tiempo providencial, de gracia y sabiduría, de renovación desde las mismas raíces de nuestro ser de creyentes en el Dios de la salvación. Con tal de que sepamos captar los murmullos del Espíritu, o reconocer los caminos que está abriendo ante nosotras.

Si el fin de la vida consagrada consiste en la conformación con el Señor Jesús y con su total donación, en esto consiste la formación; en “un itinerario de progresiva asimilación (por parte del joven, primero, y luego del adulto) de los sentimientos de Cristo. Un itinerario como éste no puede sino durar toda la vida e implicar a toda la persona. Para llegar a tener los “sentimientos del Hijo” será necesario caminar todos los días por este apasionante y fatigoso camino, (Cf.VC,69) con la mirada puesta en un objetivo que nos supera por todas partes. De ahí que la “*formación se constituye en un dinamismo continuo de crecimiento en fidelidad; en una exigencia intrínseca de nuestra vocación*” (P.G.F. nº15).

“*Su finalidad es ayudarnos a vivir plena y gozosamente nuestra respuesta vocacional desde la propia identidad carismática en la Iglesia y en servicio al mundo de hoy*”. (PGF nº 21)

Es muy importante que toda persona consagrada sea formada en la libertad de aprender durante toda la vida, en toda edad y en todo momento, en todo ambiente y contexto humano, de toda persona y de toda cultura, para dejarse instruir por cualquier parte de

verdad y belleza que encuentra junto a sí. Pero, sobre todo, deberá aprender cada día, por su propia comunidad y por sus hermanos y hermanas, por las cosas de siempre, ordinarias y extraordinarias, por la oración y por el cansancio apostólico en la alegría y en el sufrimiento, hasta el momento de su muerte” (CDC ,15)

La formación Permanente:

La formación permanente la podemos definir como ese lento y progresivo proceso de formación en nosotras, de la mujer nueva o de un corazón humano capaz de latir al unísono con el corazón de Dios.

Este camino de transformación requiere de una disponibilidad constante a aprender que se expresa en una serie de actitudes ordinarias y también extraordinarias de vigilancia y discernimiento, de ascesis y oración, de estudio y apostolado, de verificación personal y comunitaria etc., que ayudan cotidianamente a madurar en la identidad creyente y en la fidelidad creativa a la propia vocación en las diversas circunstancias y fases de la vida. Hasta el último día.

Es por una parte, proceso que se prolonga en el tiempo la formación inicial y, por otra, camino que hace la vida consagrada como proceso de conversión continua, o como peregrinación en la fe. En esta itinerancia individual y de grupo, todo acontecimiento, aun el que parece negativo, y toda la realidad, aun la inédita e imprevista, puede convertirse en instrumento providencial a través del cual el Padre forma en el discípulo los sentimientos del Hijo y este se deja formar por él y por sus mediaciones.

Un itinerario
como éste, no
puede sino
durar
toda la vida e
implicar a toda
la persona

La formación permanente es este proceso humano-divino en el que la persona se deja provocar y modelar por la existencia de todos los días, no sólo en las ocasiones especiales y a través de intervenciones excepcionales sino también y fundamentalmente, a través de las mediaciones cotidianas, desde las más humildes y ordinarias hasta las explícitamente formativas: la relación con Dios y con los hermanos, la Palabra del día y las palabras de todos los días, la parroquia y el ambiente de trabajo, las superiores y la comunidad, los acontecimientos y los incidentes, los signos de los tiempos y el carisma del Instituto, la cotidianidad más ordinaria y los imprevistos.

En un dinamismo de fidelidad

La formación permanente tiene como objetivo acompañar a cada persona consagrada con un programa que abarque toda su existencia.

Es significativo y comprometedor para cada una el proyecto de formación permanente diseñado en el Plan General de Formación, en él se nos muestra el camino y los itinerarios que nos permiten ir adquiriendo a lo largo de las diversas fases de la vida la madurez de la fe en Cristo Jesús. (Cf VC, 68)

Ninguna fase de la vida puede considerarse neutra o sin particulares problemas; como tampoco existe ninguna etapa que pueda considerarse mejor y más oportuna. (Cf VC, 69) El tiempo que a cada una le ha tocado vivir nunca debe ponerse entre paréntesis por el deseo del futuro o la nostalgia del pasado; ningún tiempo debe sustraerse a los propios ritmos, a ningún tiempo se le puede forzar a ser otro.

Hay una juventud del Espíritu que permanece en el tiempo, y permanece en la medida en que la persona busca y encuentra en cada ciclo vital una tarea distinta que desem-

peñar, un modo específico de ser, de servir y de amar, una novedad de vida en un carisma particular que es necesario gustar y testimoniar. (Cf VC, 70)

1. El carácter extraordinario de lo ordinario

La formación permanente nace de la fe elemental en el misterio del vivir ordinario, se hace posible a partir de la aceptación incondicional del mismo en su cotidianidad a veces gris, sin artificios ni huidas, se fundamenta en la convicción de que la vida te forma si la respetas, si la aceptas de manos de Otro, si no pretendes dominarla, corregirla, suprimirla en alguna de sus partes, limarle alguna arista, hacerla más agradable o más grande, como procrearla artificialmente, como si fueras dueña de ella o estuviera en tus manos acortarla o alargarla, como si la gracia preparada para ti morase en otro lugar, como si tu historia o tu vida fueran demasiado pequeñas y ordinarias para albergar el misterio. La vida te forma cuando no te dejas dominar por la manía y la preocupación pagana de programar, garantizar, calcular, asegurarte..., arreglando y conduciendo las cosas y la vida como el que tiene que defenderse continuamente de un enemigo. El que actúa así en realidad sólo carece de confianza, y no sabe que no hay vida humana tan pobre y trivial que no pueda estar habitada por el poder de la gracia

**Ninguna fase
de la vida puede
considerarse
neutra o sin
particulares
problemas, como
tampoco existe
ninguna etapa
mejor o más
oportuna**

2.- La vida común, lugar natural de formación

La vida común constituye el contexto normal en el que la persona consagrada aprende diariamente el difícil arte de crecer juntas dejándose formar y modelar por la hermana, a la que no le une ningún vínculo de carne ni de sangre, y que precisamente por eso se convierte en instrumento misterioso de la acción formadora del Padre.

Teniendo en cuenta que la formación permanente se define como un camino de formación progresiva y diaria, recorrido en el propio contexto habitual de la vida, con los instrumentos de la existencia de todos los días, gracias especialmente a las personas con las que se convive; son ellas las maestras de formación que la vida pone junto a cada consagrada, es por tanto la comunidad religiosa el lugar en el que Dios me ha puesto y en el que me hace crecer, el terreno que el Padre agricultor sigue rodeando de cuidados para que dé fruto.

La fraternidad es ante todo, el lugar en el que todo está ordenado en función del crecimiento de todas las personas que la constituyen, en el que se custodia el don particular del Espíritu y resuena la Palabra, en el que se comparte la tensión de la santidad y también esa misericordia que es más fuerte que el pecado; pero es antes aún el lugar de relación con el otro y del otro. Tenemos la tendencia a nivelar las diferencias o a conflictualizarlas, a hacer que el otro sea semejante a nosotras, llegando a evitar a quien no se adecua a nuestro modelo.

La comunidad es una escuela segura de alteridad, como una especie de reclamo constante a la realidad objetiva de la otra persona; vivir en comunidad significa aprender la ascesis del reconocimiento radical del otro, de la aceptación incondicional de su realidad total, incluidas sus debilidades y cuanto la hace indigna de amor y es disciplina de realismo, de capacidad de acogida, de mirada que sabe captar la amabilidad radical de cada persona más allá de la apariencia e incluso de los comportamientos a veces negativos, de la pretensión de llegar a Dios sin mediaciones o cuidadosamente seleccionadas.

**Es por tanto,
la comunidad
religiosa, el lugar
en el que Dios me
ha puesto y en el
que me hace crecer,
el terreno que el
Padre Agricultor
sigue rodeando de
cuidados para que
dé fruto**

El reto de la docilidad

Hay un punto de encuentro entre la formación inicial y la permanente que hace posible la continuidad de la formación de la persona a lo largo de toda la vida. Dicho punto de encuentro es la disponibilidad de la persona para dejarse tocar-educar por la vida, los otros/as y aprender de la experiencia.

Esto implica:

- ✓ El compromiso pleno, activo y responsable de la persona, primera protagonista del proceso formativo.
- ✓ Una actitud fundamentalmente positiva ante la realidad: de reconciliación y agradecimiento hacia la propia historia y de confianza en los demás.
- ✓ Libertad interior y deseo inteligente de dejarse instruir por cualquier fragmento de verdad y belleza en torno a uno gozando de lo que es verdadero y bello.
- ✓ La oportunidad de relación con la alteridad de integración fecunda, activa y pasiva, con la realidad objetiva, otra y distinta respecto al yo, hasta dejarse formar por ella.

Estas actitudes ponen a la persona en condiciones de “aprender a aprender”, es decir, de vivir en una actitud permanente de formación a lo largo de su existencia. Este estado interior constante de libertad para aprender en la vida y de la vida es precisamente el punto de llegada de la formación inicial; Y es en este punto precisamente en dónde la formación inicial abre a la continua y se une a ella. Pero para lograr esto de manera concreta deberá ayudar a la joven a liberarse de sus miedos y defensas, de las distorsiones perceptivo-interpretativas de la realidad (las “vigas en el ojo”), de cuanto perturba su relación con los demás, de las expectativas no realistas a cerca de su futuro y su vida como

consagrado, de cuanto inhibe su entrega en la fe o lastra su impulso de donación.

No se pretende que la primera formación elimine todas las inconsistencias de la persona sino que le ayude a precisarlas, a situarse frente a ellas con sentido de res-

ponsabilidad, para encontrar el camino que le permita ser cada vez menos dependiente de ellas e impedir, en particular, que falseen su relación consigo mismo, con los demás, con Dios y con su palabra.

*(Extraído de “La formación permanente”
de Amedeo Cencini*

Reflexión personal

1. ¿Qué ha despertado en ti la lectura de este documento? ¿te has sentido reconocida en tu propia experiencia y en tus intuiciones respecto a la formación?
2. En clave de discernimiento, desde la “escucha” de lo que brota por dentro: ¿cuáles sientes que son los retos que en la animación de la formación, debemos afrontar?

Compartir en comunidad.